

CONFIANZA EXTREMA

21º. Domingo del Tiempo Ordinario. Ciclo B

Vivimos crisis de confianza en personas e instituciones sociales (familia, escuela, estado, ejército, iglesias, partidos, ...). Con frecuencia se dan a conocer sondeos, encuestas y estudios acerca de la confianza/desconfianza en las instituciones que gestan, cultivan y sustentan el tejido social. Los resultados de la evaluación (tan de moda) hablan que la confianza va a la baja, al igual que otros valores. ¿A qué se debe?

Sabemos bien que cuando disminuye la confianza en las instituciones, sucede lo mismo con la confianza en las personas. Y, al revés, cuando aumenta en las personas, las instituciones sociales salen ganando porque generan confianza y el ambiente creado favorece la seguridad pública y la paz social.

El Evangelio de este día habla de confianza extrema. La de Jesús en nosotros: *“Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida...”*. La de Pedro y las comunidades creyentes en Jesús: *“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios”*. Bellísima lección y alimento para personas e instituciones.

Los seres humanos que han oído este Evangelio a través de los siglos han tenido sus dificultades para creer y han gritado sus desconfianzas. A muchos el modo de hablar de Jesús les ha parecido intolerable, ofensivo, desagradable, inadmisibles por sus implicaciones en el presente y el futuro. La murmuración es una reacción que no se deja esperar como respuesta.

Muchos discípulos intuyeron que lo que Jesús les proponía no era el acto físico de comer a alguien, ni siquiera el de seguirle exteriormente. Fueron comprendiendo que les proponía una existencia *basada y centrada* en su persona, *alimentada* con su persona, *comprometida* en la construcción de su Reino de amor, justicia y paz; que era cuestión de confianza total en la persona y el proyecto de Jesús.

Creo que aquí radica la causa de la deserción de aquellos discípulos y la indiferencia desconfiada de muchos de los de hoy: no creemos decididamente en Él, no le creemos. La fe es cuestión de confianza extrema en Él. Quizás nuestro problema es de soberbia, de orgullo, de preferir una vida hecha a nuestros antojos y con nuestras solas fuerzas.

Jesús lo entiende perfectamente y lo aclara. Hay cosas que son imposibles *“si el Padre no nos lo concede”*. Y uno se queda anonadado. Aceptar a Dios es don de Dios. La fe en Él es un don que nos compromete a la gratitud, confiada responsable. Por eso la Eucaristía es el centro del ser y del convivir del cristiano; la acción de gracias por excelencia; la mesa que alimenta el compromiso para ser generadores de confianza.

Pido a Dios que no seamos parte de la estadística de los que se fueron porque la ‘onda’ de Jesús no conviene a los intereses de la visión moderna de la vida. Ojalá hagamos nuestra la confianza extrema de Pedro: *“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; y nosotros creemos y sabemos (a pesar de otras ofertas tentadoras) que tú eres el Santo de Dios”*. Y seamos cristianos que contribuyen, con fe alegre y caridad eficiente, a generar y ser fermento de confianza en un mundo de desconfiados.

Los bendigo desde la mesa/altar de la Eucaristía.

+ Sigifredo
Obispo de/en Zacatecas